



EN las calurosas tardes del verano argentino, tan propicias a la apasionada lectura en la penumbra de una fresca estancia —al fondo el algibe y el patio colonial—, nada hay tan grato como engolfarse en cualquier lectura descriptiva de este país, retrotrayéndose a la época del novecientos, a los dichosos tiempos aquellos en que, como dice el tango, los muchachos no usaban gomina.

Teníamos entre nuestras manos un libro con la pulida prosa de Pilar de Lusarreta (dicen que es la pluma que mejor escribe el castellano en Sudamérica), en el que se relatan las peripecias, aventuras y solazada vida de "Cinco dandys porteños" —tal el título del libro—, alrededor de los cuales giró buena parte de la vida social argentina de aquellos tiempos. Fabulosos aquellos lances de Fabián Gómez de Anchorena, Conde del Castaño, por personal impulso de su gran amigo Alfonso XII, que conoció en París a los 16 años, y que en sus mansiones doradas de Buenos Aires, Madrid y París, supo darse maña para aventar en pocos años la bonita fortuna de cien millones de pesos. Fué el primer argentino que posesó "yate" trasatlántico, propio, en el que, en reiteradas singladuras, paseó por los océanos sus galantes aventuras rodeado de bailarinas, amigos y artistas bohemios. Nada más atrayente que el elegante señorío de este caballero que frecuentó las cortes de Europa y apuró la copa de los más exquisitos placeres para venir a morir luego, dignamente, ya viejo, casado en terceras nupcias, en un pueblecito de la provincia de Buenos Aires, olvidando y olvidado. Conservó como único título el de Presidente de la Sociedad Española de Pirán, pese a ser argentino, dirimiendo las trifulcas que se suscitaban entre vascos y gallegos por si habían de ser chistus o gaitas los que inaugurasen las fiestas patronales anuales.

También la lectura nos trae la evocación de la encopetada y aristocrática existencia del Presidente Quintana, cuyo guardarropa era atendido por los mejores modistos de París, y que cuando una mañana vino el jefe de la Escolta a decirle que había estallado la revolución, dirigiéndose impertérrito a su guardarropa y sacando el más impecable frac dejaba caer, calmoso, mientras comenzaba a vestirse: "Bueno, comandante, vamos a ponernos los pantalones...". O la del Presidente Bernardo de Irigoyen, o la de Carlos Pellegrini, fundador del Jockey Club, o la de Lucio Mansilla y la de tantos otros que dieron brillo y prestancia al despertar de la nacionalidad argentina.

Se percibe en estas lecturas la densidad de aquella sociedad de fines de siglo, cargada de dinero, sí, pero también de nobles inquietudes y llena de elegancia cultivada en las doradas decadencias francesas y en los esplendores de las cortes de Londres, Madrid y Viena. ¡Cuán distintas aquellas estampas argentinas de soarés, lujos y ostentación de las que podían

EL TEATRO COLON DE BUENOS AIRES

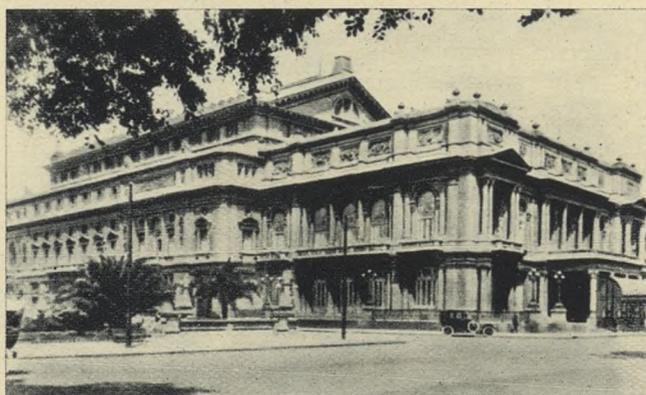
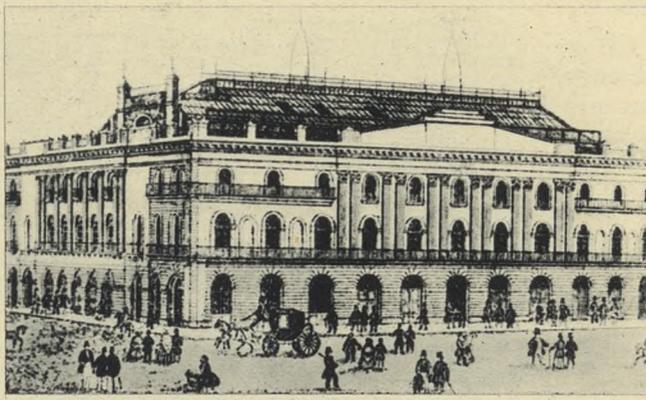




traernos nuestros inmigrantes cuando, con dentaduras de oro y anacrónico sombrero de paja, desembarcaban rumbo a Vigo y La Coruña, en los inviernos de Vigo y La Coruña.

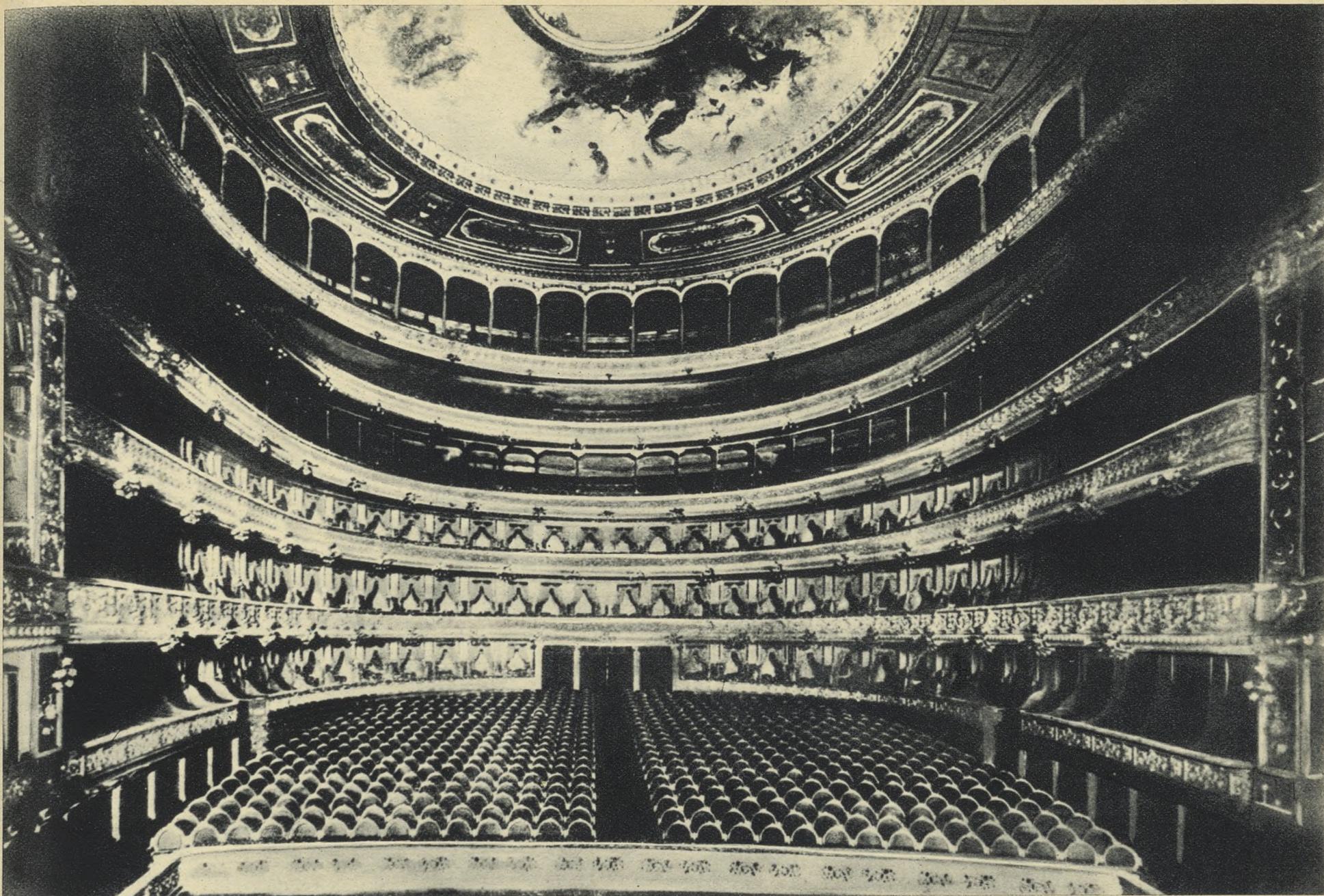
Era la sociedad porteña por aquel tiempo un incipiente y limitado núcleo, brillante y cultivado por todas las facilidades que a la vida conceden el dinero y los viajes. Y la traemos a cuento, un poco a rasgos precipitados, porque de aquella sociedad nació el Teatro Colón. La función crea el órgano, aquellas amables reuniones que se turnaban en los palacios porteños —palacios de tan vasta hermosura que varios Ministerios, el Círculo Militar y otros departamentos gubernamentales se instalan hoy en ellos con toda holgura— hicieron concebir la nostalgia de algo que aglutinase la aristocracia naciente, y ese algo no podía ser otra cosa que la platea de un gran teatro, un teatro de ópera que atrajera las celebridades europeas y fuera compendio del fasto y riqueza de la Argentina, un teatro que fuera como el bruñido escaparate de una joyería para que destacase —sobre el estuche de terciopelo rojo de los palcos— la recargada belleza de las damas y el galante desenfado de tanto faldón de frac de los "dandys" porteños.

Así fué cómo nació el Teatro Colón. Primero en la calle Rivadavia, esquina a la histórica Plaza de Mayo, donde hoy se alza el ostentoso Banco de la Nación. El Teatro Colón de aquella época, cuya imagen llega a nosotros en amarillentos grabados, fué adquirido en 900.000 pesos por el Banco de la Nación en el año 1887, para derribarlo y construir en su solar su nuevo edificio. Con aquella suma de dinero conseguida "por las llaves", como hoy se diría, más el auxilio oficial. Se procedió a la construcción del actual teatro en las calles Viamonte, Cerrito, Tucumán y Libertad. Ocho años se invirtieron en levantarlo y, después de algunos contratiempos y vicisitudes, pudo, por fin, inaugurarse el 25 de Mayo de 1908.



Los argentinos hablan con legítimo orgullo de su Teatro Colón, y la fama de este coliseo ha trascendido, con no menos legítima justicia, más allá de las fronteras continentales. Fué construido con todo el lujo de la época y hoy conserva todo el esplendor y solera de arte, que le proporcionan su museo, su biblioteca y las amplias galerías de cuyas paredes penden grabados, cuadros y fotografías con la efígie de las más famosas figuras del arte lírico, que estamparon allí cálidos autógrafos y dedicatorias. Cuando en el año 1933 se cumplieron las bodas de plata del Teatro, se recogió en un voluminoso libro la vida artística del coliseo en sus primeros 25 años. Como colofón, en cuadro de honor, figura la lista de nombres de abonados que durante esos años permanecieron fieles al teatro y que es hoy la lista social indiscutible, la fuente del más coperudo linaje de los argentinos. Quienes de estos deseen recabar ejecutorias de nobleza han de ir al Archivo de Indias, en España, o a la lista de abonados del Teatro Colón, en Buenos Aires. Puede parecer insólito, pero es así.

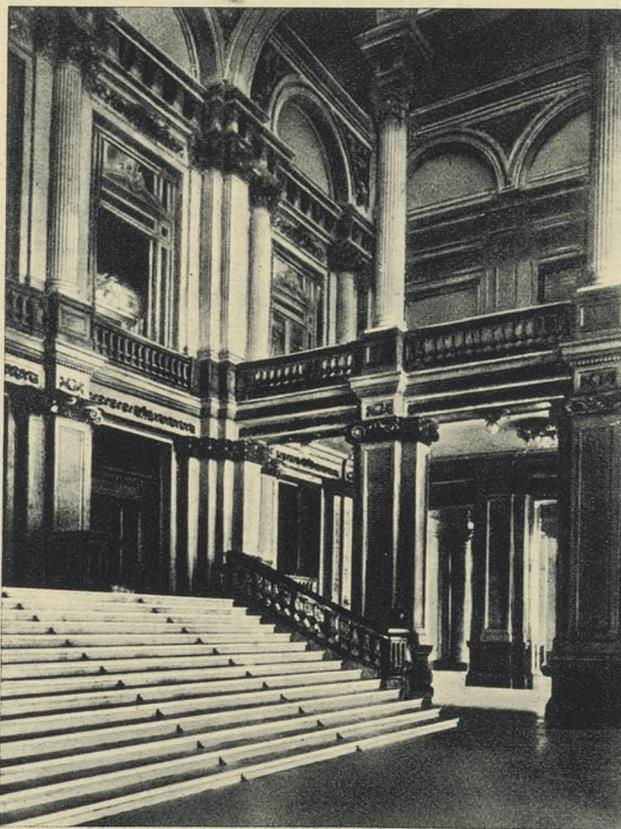
No resistimos a la tentación de la estadística. Si comparamos el Colón con los teatros de verdadera prosapia europea, con los de París, Madrid, Viena, Budapest, Milán, Barcelona, Nápoles, Turín, Londres, Hamburgo, Berlín o Bayreuth, comprobaremos que sólo es aventajado en punto a capacidad, por cincuenta asientos, por el Liceo de Barcelona, pero, en cambio, su escenario, con 1.050 metros cuadrados, supera a la de todos ellos. El Colón es el más nuevo, y aprovechando la experiencia de sus antecesores, se construyó con los mayores adelantos de la época, de tal modo que sus condiciones acústicas están reconocidas como las mejores del mundo. Sus 3.500 espectadores pueden escuchar el vuelo de una mosca cuando un tenorino da el medio tono en un "raconto", o cuando un violín gime un pianísimo alzando solo su lamento en medio del rumor orquestal...



Desde entonces, 40 temporadas de ópera, conciertos y "ballets", en los que intervinieron los más famosos cantantes, músicos, directores y bailarines del mundo, han consolidado la fama del primer coliseo de Sudamérica. Su escenario es giratorio. Está alumbrado por más de 500.000 bujías. Su orquesta está constituida por un cuerpo estable de 100 profesores y varios directores, sin contar los que se contratan para determinadas temporadas. Un centenar de voces integran también los coros, y el cuerpo de baile consta igualmente de 100 bailarines de uno y otro sexo.

El Teatro Colón depende administrativa y artísticamente de la Intendencia Municipal, estando a cargo de la directa gestión del Secretario de Cultura de la Municipalidad. Tiene un director y un administrador generales, un conservador del museo y numerosos empleados de distinta jerarquía, que totalizan la importante cifra de un millar de funcionarios. Tiene Conservatorio y Escuela de Baile. Y en cuanto a programas, su sensibilidad se muestra despierta a todas las vibraciones mundiales. Cantantes famosos hicieron sus mejores veladas en el Colón. Directores célebres golpearon nerviosos con su batuta el atril orquestal, y como la relación de nombres famosos sería extensa, digamos que entre los últimos directores se cuentan Toscanini, Wolff, Panizza, Kleiber, Fitelberg, Busch, Kraus y Juan José Castro, hoy en alejamiento forzoso de aquella sala por sus veleidades políticas... De los españoles, recordemos a Falla, Pahissa, Mendoza Lassalle y Sorozábal.

Los cantantes forman una larga procesión de nombres, entre los cuales sobresalen Schipa, Melchior, Hofman, Pinza, Bacaloni, Romito, etc. Se recuerda con elogio a Fleta, a la Barrientos, a Hipólito Lázaro. Los argentinos no tuvieron la fortuna de escuchar a Conchita Supervía, que a buen seguro hubiera desbancado en su divismo a Lily Pons, que, con el pianista Brailowsky, constituyen los dos más flagrantes casos de psicosis colectiva



Ofrecemos en este reportaje ocho aspectos del Teatro Colón de Buenos Aires. En la página 27: Fiesta de Gran Gala y el Salón dorado.—En la página anterior: Una fiesta de fantasía, el primer edificio del Teatro (grabado antiguo), vista actual del "Colón" y el público estacionado ante las taquillas.—En esta página: Un aspecto del Teatro y escalinata interior.

por la tempestad de entusiasmo que han despertado en el público femenino. La brillante teoría de conciertos tiene en estos últimos años sus nombres más altos en Iturbi, Arrau, Brailowsky, Kapel, Malcuzinsky y Sandor, en piano, Francescatti, Kreisler, Mischa Elman, Heifetz y Milstein entre los violinistas, y Casals y Michelini en violonchelos.

Larga sería la relación de las últimas y nuevas óperas y de los "ballets", pero destaquemos entre éstos la "Misa Solemne" de Beethoven, "La Pasión según San Mateo", "La Pasión según San Juan" y la "Misa en si menor", de Bach. Sin constituir una novedad, hemos podido aplaudir en la última temporada una Tetralogía wagneriana como no se había escuchado tan completa desde hace años. Y como novedad trascendental se anuncia, para la próxima temporada, la llegada del famoso director alemán Furtwangler, quien, en realidad, debía haber venido ya para la temporada que finalizó, pero tuvo que seguir en Berlín, para terminar dos cursos de desnazificación que le impusieron las autoridades norteamericanas de ocupación.

Digamos también que el Teatro Colón se ha puesto a tono con los tiempos y que el aire fresco de la calle penetra a raudales por sus gloriosas instalaciones. Organiza funciones a precios populares, y en muchas ocasiones, en forma totalmente gratuita para obreros y empleados, que de este modo tienen acceso a un espectáculo de arte hasta hace poco tiempo privilegio exclusivo de ciertas minorías. La política social de Perón ha penetrado también en el recinto de los antiguos "dandys" porteños. Y durante el verano, en los parques de Palermo, el Colón tiene abierto un teatro al aire libre, teatro griego o teatro de la naturaleza, que hace desfilar "ballets", conciertos y óperas por una escenografía natural de tilos, mag-

cuando, cuatro días después, al llegar a las tres de la tarde al raudal de Cuimapá, en el Carao, los indios manifestaron su decisión de pernoctar allí, porque estaban cansados. El joven se enfureció y dió un violento empujón a Raimundo.

En la mañana del siguiente día le dijo Raimundo al joven que, para evitar inconvenientes, habían resuelto regresar a Tayucay en una de las curiaras y dejarles la otra para que ellos continuaran solos su viaje a Camarata; el joven dió un salto, encolerizado; agarró a Raimundo por el cuello, le sacudió brutalmente y, poniéndole en el pecho el cañón de un enorme revólver, le gritó:

—Usted me lleva a Camarata o lo mato.

—Sí, te yevamo—contestó Raimundo, forcejeando por desasirse de la hercúlea mano del norteamericano.

Se embarcaron y continuaron viaje; apenas salieron del puerto, Raimundo advirtió a sus compañeros:

—Donde acampemos esta tarde tenemos que matar a ese perro rabioso.

Mientras remaban, los indios, hablando en su idioma, que era completamente desconocido para los norteamericanos, convinieron en que era forzoso eliminar al joven; en cuanto al viejo, todos le estimaban, y opinaron que no le matarían.

Poco después de haber subido el raudal de Tabayurén, que es muy largo y de impetuosa corriente, llegaron a la diminuta playa situada al pie del Hai-Merú. Aunque sólo eran las dos de la tarde, el joven, quizá arrepentido de la actitud que había adoptado en la mañana, resolvió pernoctar allí.

El joven guindó la hamaca bajo los árboles, encendió la pipa y se tendió cuan largo era. El viejo hizo fuego y puso una cacerola sobre tres piedras para preparar té, al cual era muy aficionado. De los indios, los más jóvenes, Casilva y Ereimón, tuvieron miedo y no quisieron presenciar la escena: se embarcaron en una de las curiaras, atravesaron el río y guindaron sus chinchorros al pie del moriche, en la ribera opuesta.

Raimundo y Caicusé habían cargado las escopetas como para matar algún danto o tapir, que es el animal más corpulento de la fauna guayanesa. El joven fumaba su pipa con los ojos entornados cuando Raimundo le disparó la escopeta a boca de jarro; el norteamericano dió un colosal salto, profiriendo un espantoso grito, y cayó de espaldas. Al ver el viejo que su compañero había sido asesinado, sacó el revólver que llevaba en el cinto y disparó contra Raimundo. Al momento disparó Caicusé, y el viejo dejó caer el revólver y se llevó las manos al abdomen; en seguida, tambaleándose, el viejo se encaminó a la caja de dinamita, sacó un cartucho, prendió la mecha con tizón y, al apoyarse en el tronco del caruto para lanzar la dinamita a los indios, le estalló en la mano; su cuerpo se desplomó, horriblemente mutilado.

* * *

Al llegar a este punto de la narración, interrumpieron todas las indias para decir que en Camarata se había escuchado el estruendo de la explosión, que retumbó estrepitosamente en los profundos antros del Auyán.

* * *

La explosión de la dinamita tronchó la rama más vigorosa del caruto, para que se irguiese por muchos años como mudo testigo de la tragedia.

El disco del sol, envuelto en rojo manto de nieblas, se hundía detrás de los altos picos del Auyán e iluminaba con sus postreros destellos los ensangrentados cuerpos de los atrevidos exploradores, que luego dormirían el sueño eterno bajo el dosel de la selva inmensa, en medio de aquellos tétricos parajes donde jamás una mano piadosa colocaría una flor sobre su tumba.

J O S E B E R T I

LOS LECTORES

también escriben

Invitamos cordialmente a nuestros lectores de todas las latitudes a que nos escriban comunicándonos sus opiniones y orientaciones útiles para nuestra Revista, sobre las relaciones culturales, sociales y económicas entre los 23 países a quienes va dirigido *MUNDO HISPANICO* o a propósito de perfiles ingeniosos o interesantes de la vida de estos pueblos.

Abrimos esta columna para reproducir tales comunicaciones y también aquellas cartas breves, enojadas u ocurientes que nos vengan por la tierra, por el mar o por el aire y que a juicio de la Revista merezcan ser redimidas de la oscuridad del anonimato o de la esterilidad del aislamiento.

Los autores de las cartas publicadas recibirán, gratuitamente, el ejemplar de *MUNDO HISPANICO* en que aparezca su comunicación y nuestro comentario.

Sr. Director de la Revista *MUNDO HISPANICO*.—Calle de Alcalá Galiano, 4, Madrid (España).

Distinguido señor mío:

He visto y leído con sumo agrado los dos primeros números de la revista *MUNDO HISPANICO*, que ha sido recibida con gran alegría en todos los medios de esta capital chilena. Yo espero, señor Director, que los sucesivos números nos lleguen con la misma brillantez y análogo contenido, que tan acertadamente recoge las primordiales características de las 23 naciones que integran la magna comunidad hispánica.

Permítame, no obstante, que le haga una sugerencia, y que le agradecería muchísimo la atendera, caso de que fuera realizable y que usted juzgara de interés para figurar en las páginas de tan hermosa publicación: se trata de que *MUNDO*

EL TEATRO COLON DE BUENOS AIRES

(VIENE DE LA PAGINA 29)

nolios y ombúes, que ponen un marco de belleza bajo el cielo estival presidido por la Cruz del Sur.

Pero los espectáculos, la organización y la dirección de este gran teatro, no se produce ciertamente por generación espontánea. Una de estas tardes, merodeando por los frescos salones del Colón cerrado en verano, tuvimos ocasión de charlar con algunos de sus directivos. Cuando conocieron los verdaderos móviles de nuestro curioso —ponernos en ambiente para enviar estas cuartillas a *MUNDO HISPANICO*— nos dieron una consigna: "Vea y diga lo que quiera, pero, por favor, ni un solo nombre..." ¿Qué más grato para un español que quebrantar consignas, ir contra corriente, por dirección prohibida o quebrantar regímenes alimenticios? Por eso no hemos de terminar esta evo-

cación sin decir que cuatro columnas de vastas dimensiones sostienen el andamiaje espiritual de este gran coliseo: el secretario de Cultura, nuestro gran amigo Raúl Salinas (en su solapa luce el distintivo de la Cruz del Mérito Civil de España); el viejo (no por los años, sino por la marrullera experiencia de tanto andar entre ese complicado mundillo de telón adentro) Cirilo Grassi, director del Teatro, la minuciosa administración puesta bajo la advocación de Ricardo Marín, y la impalpable, pero necesaria presencia de Ernesto de la Guardia, crítico musical, regidor de la Biblioteca y el Museo y hombre de extraordinaria finura espiritual y cultural.

Quede así entrevistado el Teatro Colón de Buenos Aires y caiga sobre la escena el telón de estas páginas evocadoras.

J O S É I G N A C I O R A M O S

Sr. D. Luis Ulises Salazar.

Chile.

Distinguido amigo nuestro:

Con sumo gusto y por considerarla interesantísima, publicamos su carta en esta sección.

Atendiendo su sugerencia, en uno de los próximos números de esta revista nos ocuparemos de relatar la procedencia de alguno de los ilustres linajes de nuestros conquistadores, reproduciendo, a todo color, sus bellos escudos. Este trabajo será seguido de otros muchos que muestren a las 23 naciones que integran el Mundo Hispánico la nobleza de sus antepasados más ilustres.

Esperando quede complacido y rogándole nos escriba dándonos su parecer cuando vea publicado el artículo a que hacemos referencia, le saluda atentamente,

MUNDO HISPANICO.

Señor Director de *MUNDO HISPANICO*.
Madrid.

Distinguido señor: No, ¡por Dios!, no cambien México por Méjico. Ya en mis tiempos de dictado discutía con el profesor de gramática sobre ello:

—Señorita, se escribe México con j.
—Pero los mexicanos—respondía yo—lo ponen con x.

—Usted no es mexicana.
—En México se escribe así.
—Pero no está usted en México.
—Tampoco México está aquí...

En fin, nos armábamos un lío. Yo seguí escribiendo México, aunque, justo es decir que el señor me dejó por imposible.

HISPANICO dedicara un breve espacio para publicar una sección de linajes hispanoamericanos y que, consagrada a genealogía y heráldica de ambos mundos, nos permitiera conocer el origen, procedencia y nobleza de nuestros antepasados que nos legaron apellidos de profunda raigambre española.

Estoy bien seguro de que esta sección sería acogida con sumo agrado en los medios sociales de este país, en el que, como usted sabrá, existen centros dedicados exclusivamente a esta clase de investigaciones, cuyos representantes asistieron al Consejo Internacional de Genealogía y Heráldica que en 1929 se celebró en Barcelona, presidido y patrocinado por el Gobierno español.

Son muchas las personas que anhelan conocer el origen de sus antepasados y los escudos de armas que aún hoy, en muchos casos, decoran las fachadas de sus casas solariegas; pero como bien sé que resultaría imposible atender las innumerables solicitudes que en este sentido recibiría la Revista, le propongo que esta sección se limite, de momento, a los conquistadores y virreyes de las naciones hispanoamericanas, de los que la América del Sur recibió mayores beneficios y, en muchos casos, más numerosa descendencia.

Creemos que en España habrá escritores dedicados a esta especialidad y nos podrían escribir interesantes textos sobre este tema, ateniéndose a las abundantes fuentes informativas con que pueden contar en los numerosos archivos y bibliotecas españolas, de cuyos legajos y antiguos manuscritos podrían tomar, incluso, los diseños heráldicos de aquellos antecesores nuestros.

Agradeciéndole su atención y confiando no le habré importunado con mi ruego, le saluda atentamente su afectísimo s. s., q. e. s. m.,

LUIS ULISES SALAZAR

Chile, 5 mayo 1948.

LOS LECTORES

también escriben

No crea que esto lo hiciera yo por testarudez—en aquellos tiempos era una buena chica—, había otra razón: México es una linda palabra, huele a vainilla y sabe a mezcal, evoca fuertes y trágicos amores, luz y color, con violentas sombras; llenaba mis ansias de heroína castellana. Remontándome... hasta veía a Huitzilopochtli al frente de los aztecas. En cambio, la palabra Méjico no me evocaba nada; si acaso, la Real Academia de la Lengua, cosa siempre aburrida.

Soy española, y los Spain, Spanien, Espagne... me parecen modos. Pues si fuera mexicana y viera mi México evocador cambiado por un Méjico de laboratorio, sentiría rabia y pena por venir la corrección de un país amado, que las ofensas dañan según el aprecio que se tiene al ofensor.

Nuestra reina Isabel II firmaba Ysabel con Y, y nadie, que yo sepa, se escandalizaba por ello. En los nombres propios, la ortografía es menos rigurosa.

Dejemos, pues, México, y en último término dejemos que los mexicanos escriban su nombre como les salga de dentro, que por eso no van a ser ni más ni menos hispánicos.

Perdone, señor, esta carta tan poco científica en gracia a que "el corazón tiene sus razones que la razón no conoce". El corazón, que siempre, gracias a Dios, manda en las gentes de nuestra raza.

Le saluda cordialmente

JOSEFINA ROMÁN.

Valladolid, 30-V-1948.

N. de la R.—A fin de que podamos remitirle un ejemplar de este número, de acuerdo con las condiciones que figuran al principio de esta sección, rogamos a la Srta. Josefina Román que nos comunique seguidamente su dirección.

